

Lo que cuentan los animales

Corre 1899 en España, concretamente en Madrid. Si nos fijamos, veremos que es el lugar donde en un futuro nacerá el barrio de Santa Eugenia, a los pies del Cerro Almodóvar, un bonito lugar. Bastante seco y amarillento en verano, pero muy verde en invierno y primavera. Tiene en la cima una gran llanura. Además, está atardeciendo, momento del día en el que está aún más sereno y bello. Si esta tarde de agosto la observamos con lupa, podremos ver que en el Cerro hay tres hombres, cada uno con una vida distinta y que vienen de lugares aún más distintos. Uno por el oeste, otro por el este, y otro, por el sur. Pese a sus diferencias, los tres hombres comparten algo aparte de estar en el mismo lugar: son unos fracasados.

El hombre que viene del oeste es un tipo delgado (ahora aún más), viste ropa muy desgastada y manchada de sudor y porquería de no se sabe dónde. Su camisa antaño azul ahora parece del mismo color del suelo, y posee una serie de agujeros que cualquiera habría calificado como heridas de una pelea importante. Nada de eso, tan solo que sus tirantes raídos y remendados mil y una veces tienen cierta textura que ha provocado algunos tirones en la camisa. La camisa posee una colección de botones que parece que haya viajado por todo el mundo, y la lleva arremangada por los codos. Sus brazos se muestran al aire, intentando aparentar superioridad, pero resaltando su estado de pobreza y falta de alimento. Sus pantalones negros están manchados por algo que parece grasa de animal, pero es la grasa de un barco. Lleva un cinturón típico americano, muy imponente y tosco, el cual antes podía aparentar riqueza, y ahora todo lo contrario porque pasar de la riqueza a un estado tan lamentable, hace que parezca aún más pobre. Las botas son unas botas tipo roper, antes negras, ahora de un color muy desagradable, pues el cuero negro de las botas se ha agrietado y en muchas zonas están raspadas. Tienen la marca de haber llevado espuelas alguna vez. Colgado del cinturón lleva una funda para un arma, pero ahora ya no hay arma y, por lo tanto, ya no vale para nada. Sobre su cabeza porta un sombrero tipo Panamá negro y con una cinta verde. Está sucio y agrietado también. El único equipaje de este hombre es un

hatillo, el cual carga a sus hombros como si llevase allí dentro un piano. Posee un último detalle: una estrella de sheriff abollada.

El hombre del este es un hombre más alto, pero que nunca ha sido rico. Se nota en sus prendas, que nunca han sido muy costosas. Lleva un frac negro, pero de material muy poco duradero y fino. Debajo, en lugar de portar un chaleco, tan sólo lleva una camisa antes blanca, pero ahora amarilla. Lleva una corbata roja muy mal hecha, y rota por varios lugares. Su sombrero de copa lleva la parte superior abierta como una lata, sólo sostenida por unos finos hilos. El pantalón es un pantalón normal y corriente, sin mucha elaboración, y es negro. Los zapatos son negros también, pero son más de trabajo que de vestir formal. Es una persona con aires de realeza y de ciencia, muy elegante en movimientos, pero con la cara muy magullada y cansada. Porta consigo una bolsa de tipo médica, como un maletín. Anda como si fuese a una cita importante, con un paso acelerado. Lleva un pequeño bigote negro muy mal cuidado. Tiene mirada astuta.

El hombre restante, el del sur, viste con ropas normales, no muy descuidadas. Es alguien más bien gordito, con unas gafas muy pequeñas en la cara. No es bajito, tiene una altura media, y lleva un bigotillo en la cara el cual no le crece más. Posee pelo, pero lo lleva muy corto a propósito, y lleva zapatos de trabajo normales, camisa normal, pantalones normales... pero lleva una cámara de fotos colgada, lo cual deja de ser normal para la época.

Cada uno tiene sus propios intereses. El hombre del sur se está parando cada cinco pasos a tomar una fotografía, el hombre del este a veces apunta y calcula cosas, agachado. El hombre del oeste piensa, aunque no parece muy listo, en cómo de complicado sería acertarle un tiro a ese pájaro que acaba de pasar. Poco a poco, los tres van subiendo el Cerro, parándose cada cierto tiempo, pero sin detenerse permanentemente. Una vez han llegado los tres a la llanura de arriba y se ven, cada uno toma una decisión. El hombre del oeste, como es el más rudo, no se ve a achantar, se pone justo en el centro de la llanura y enciende una hoguera. Va sacando una mantita del hatillo y se sienta en ella, intentando parecer imperturbable a la presencia de los otros. Mientras él hacía sus cosas, los otros dos hombres también actuaron. El hombre del este se decantó por la observación, he hizo como que se marchaba del lugar,

realmente para esconderse en un arbusto. En cambio, el hombre del sur decide esperar un poco, y después ir a hablar con el hombre del oeste y poner en práctica sus dotes lingüísticas. El hombre del oeste saca una lata de judías, la abre con un cuchillo y la pone sobre la hoguera. Mientras se calientan, se quita el sombrero, y se tumba un rato con las piernas cruzadas a contemplar el cielo, ahora de un tono naranja casi rojo. Ese es el momento que decide el hombre del sur para ir a hablar con él. Aparece y carraspea. El hombre del oeste lo mira desde el suelo y se incorpora lentamente, sin apartar la mirada. Se pone el sombrero.

-Who the hell are you? -Dice el hombre del oeste.

-Oh, ¿es eso inglés? Lo lamento señor, desconozco ese idioma. ¿sabe usted hablar español? –

-Ehm... ¿español? Ehm... bueno... sé un pocou yes. –

-Está bien, veo que nos podemos comunicar. -El hombre del sur se dispone a sentarse, pero antes, muy sensato, le hace un gesto para pedir permiso al hombre del oeste. Éste hace un gesto afirmativo con la cabeza. Tras un rato de silencio un tanto incómodo para el hombre del sur, decide hablar.

-Y... bueno... qué bonito atardecer, sí señor, sí señor... lo voy a apuntar... soy escritor ¿sabe? Sí, escribo... libros. No sé si sabe lo que son: son unas cosas rectangulares, con...ehm...papel y símbolos que...

-You sé lo que es un librou -Dice el hombre del oeste, con tono enfadado y cortante.

-Oh... discúlpeme...bueno, pues... ¿de dónde viene, si no es molestia? –El hombre del sur tiene curiosidad, y da la casualidad de que el hombre del oeste no es un hombre abierto, al que le gusta contar su vida.

-You vengo de... América...un beautiful lugar, un muy beautiful lugar... -

-Y si era tan bonito... ¿por qué se fue de allí? –

- ¿Qué you me fui? ¡¿Qué you me fui?! Oh, nou, me echaron, me echaron y jamás me dejarán volver...sobre todo that stupid man, Milton. Qué bastardo...-

-Vaya...tengo curiosidad, pero que conste que no voy a preguntar más. Eh...
¿no quiere usted saber nada de mí? –

-No- Dice cortante el estadounidense.

-Bueno... como estoy seguro de que tiene curiosidad, se lo voy a contar. Yo...
soy un magnífico escritor, aclamado por los nobles, los ricos y los
analfabetos... soy un prodigio... pero se me ha acabado la magia... no tengo
inspiración... pfff...yo he venido aquí para conseguir inspiración, pero la
verdad, no me he encontrado nada más que con usted y con ese otro
espécimen, el alto. Por cierto, no sé dónde está... bueno, pues eso, no se
ofenda, pero usted no me sirve de mucho, me ayudaría más un mono. –

-Si es usted tan famosou, ¿pour qué you no sé nada de usted? ¿cómou se
llama? –

- ¡oh, amigo mío, esa es mi magia, no tengo nombre! Me di cuenta de que el
nombre no es más que un lastre para la vida de una persona, y que lo que
importa no es quién haga algo, sino qué es lo que ha hecho...mira, por
ejemplo, yo escribí... eh...bueno, ya sabe, ese. Es que como no le puse
nombre, pues no lo recuerdo, pero usted sabe cuál digo... ¿no? –

El estadounidense, que ya ha empezado a comer ruidosamente, contesta:

-Supongou. –

El hombre del sur se da cuenta de que el hombre del oeste no está muy por la
labor de seguir con la conversación. Se sienta más cómodamente y se pone
otra vez a mirar el cielo, cada vez más oscuro, pero salpicado por unas gotitas
de luz. No hay luna. No esta noche. El hombre del sur está tan cómodo
sentado que se habría quedado dormido, de no ser por los típicos gritos de
mercado de alguien.

- ¡Buenas noches caballeros! Como no haberr niños, ni niñas ni damas, me
voy a dirigirr a ustedes como caballeros. Soy Dragomir Drajik, no sé si me
conocerán...- dice el hombre del este, con acento serbio o alemán quizás.

-Pues la verdad es que... si le soy sincero, no me suena nada...- dice el
hombre del sur, mientras el hombre del oeste niega con la cabeza, muy seguro.

-Hmm...vaya... bueno, no importa, aquí tienen mis tarjetas...una por aquí... y otra por aquí...-dice, mientras les entrega unas tarjetitas de cartón húmedo, en las que pone su nombre en letra escrita a mano muy temblorosamente, tan temblorosamente que parece haber sido escrita agachado detrás de un arbusto.

-Bueno, soy científico. Mi trabajo consiste en desvelar los enigmas del universo... por un precio... ¿Qué les parece si paso una bolsa y en ella meten cinco monedas cada uno de ustedes? Les aseguro que cinco monedas es poco para lo que puedo enseñarles...-

- ¡Cinco monedas! Está usted loco señor, no pienso pagar cinco monedas por ver cómo un ruso hace truquitos con un frasco y una cuchara. Ni de broma-dice muy indignado el hombre del sur, mientras el hombre del oeste vuelve a negar con la cabeza, esta vez con gesto de satisfacción por decir que no. El hombre del este se sienta también junto al fuego, muy pesadamente y se pone a lamentarse en voz baja, pero los otros dos le pueden escuchar.

-Si es que yo lo sabía... jamás voy a conseguir nada... normal, vendiendo mi arte a unos paletos incultos... ¡Cómo le voy a vender nada a un gordo y a un analfabeto que le ponen precio a mi arte! Si es que así no se puede... no se puede...- dice, mientras apoya su cabeza en los palitos que tiene por piernas. Por un momento, todos los personajes a la vez miran una chispa más grande de lo normal que sale del fuego. Sus caras se iluminan a la luz del fuego, que contrasta con una noche ya bastante oscura, ahora también un poco nublada. Se ve claramente la barba descuidada del hombre del oeste y sus cicatrices en la cara; también se llega a apreciar cada lunar del hombre del sur, ensimismado en sus pensamientos sobre su nueva novela, y en que será la mejor que se haya escrito...cuando la escriba; y el hombre del este tiene mirada triste, de fracaso, de decepción.

-Pfff... es que no puede ser, una persona que no sabe ni lo que es un libro y otro que se cree su creador cuando ni siquiera se acuerda de su nombre... pfff...- dice Dragomir, hablando para sí.

- Eh... señor... ruso, ¿nos ha estado espiando mientras manteníamos esa conversación el señor... bueno, él y yo? -pregunta un tanto ofendido el hombre del sur.

- No soy ruso, eso lo primero de todo, soy... bueno... soy de acá y de allá, ya me entiende... creo que serbio... no sé, lo único que sé es que nací en un camino, en la caravana de mi padre. Bueno, ya que hemos sacado el tema... ejém... yo soy muy pobre desde que nací, y mi padre era un comerciante humilde. -dice, cambiando el tono para, tal vez, crear sensación de lástima y conseguir así una o dos monedas de limosna. -Él siempre me decía: Dragomir, serás algo más que yo en esta vida, serás un ídolo, un dios, un...-

- Pare ya de contar mentiras, señor embustero. ¿Estaba usted espiándonos o no? -Dice el hombre del sur, resaltando que es bueno jugando al póker y tiene experiencia en faroles, y mostrando también un rotundo desinterés por la vida de Drajik.

-Ehm... bueno, vale, sí, pero era para ver si eran ustedes la iluminación que me prometieron encontrarme aquí... nada más. Ya veo que todo era una gran mentira... -Dice Dragomir, removiendo el fuego distraídamente con un palo, con una mueca aún más representativa de la decepción que siente. -De todas formas, usted no debería hablar mucho, una persona desterrada de América, supuestamente, aunque, por mi experiencia en América y puede que también un poco por mi extraordinaria capacidad de deducción, llego a pensar que esa estrella abollada de sheriff es una muestra y un recordatorio de su duelo, duelo por el cual está aquí, desterrado. La bala no lo mató, pero en mi opinión, mejor habría sido que eso ocurriese. -Dice Drajik, con sensación de haberse vaciado por dentro, de haber desinchado su globo lleno de réplicas y quejas. Ni un segundo después de haber acabado, el hombre del oeste se levanta muy enfadado, echando las manos a su funda vacía, y cambiando un momento la cara de enfadado a una de desconcierto. Un segundo después recuerda lo del arma y piensa que tampoco pasaba nada por matar a alguien a puños de vez en cuando. Se está abalanzando sobre él cuando aparece en medio el hombre del sur, haciendo gestos exagerados con los brazos ordenando que parase al hombre del oeste, como si éste de un tren se tratase (que no se alejaba mucho de la realidad). Por un momento sólo se escucha la respiración acalorada del

hombre del oeste, con su cara iluminada a la luz de la fogata. Se sienta y comienza a explicar.

-Aunque me cueste, debou darle la razón... señor serbio. -La cara de Dragomir cambia de una expresión normal (hasta un poco asustada) a cara de superioridad. -Vengou de América, y sí, you era sheriff, de un pequeño pueblo en mediou de la nada. Vivía bien, sin mujer ni hijos, solou. Me llamaba Joe, Joe West. Digo me llamaba porque ya no soy nada. No sé si sabrán que para ser sheriff no tienes que ser el más buenou del lugar, precisamente. En otras palabras: nou se contratan santos para cazar pecadores... un día normal llegó un chicou al pueblo, con ganas de problemas, y you salí para ver qué ocurría... el chico, era... buenou con las armas, sí señor. Al día siguiente desperté en un barcou camino a no sé dónde, si armas, ni mi ropa lujosa, una estrella abollada y sin comida. Pregunté dónde estaba, y me respondieron con una paliza... más tarde desperté en un carromatou camino a algún lugar. Decidí nou preguntar esta vez. Me dejé llevar, y llegué aquí, donde me hablaron a mí también de una iluminación o nou sé qué. -Suspira, decepcionado, mientras las caras de los otros dos personajes empiezan a cambiar sus caras por otras de duda. -Supongou que será alguna estrategia para atraer inmigrantes o algou...-

-Ehm... caballeros, yo ya he escuchado dos veces eso de "la iluminación", y... ehm, me pregunto si... bueno, a mí me hablaron de un resplandor en un pueblo lejano, pero, lo que quiero decir es que es muy posible que... estemos aquí por la misma razón, por esa... "iluminación". No sé si me he explicado. -dice el hombre del sur. Los otros dos hombres asienten lentamente, procesando la información. Hay unas nubes que parecen anunciar lluvia en el cielo, y todos lo notan a la vez.

-Está queriendo decirr que... todos nosotros estamos aquí por... ¿lo mismo? -pregunta Dragomir.

-Ehm... pues sí. A mí... me prometieron que si yo venía aquí, encontraría un "resplandor", una "iluminación". Yo lo tomé como que me iba a asaltar la inspiración de pronto si venía aquí a la hora indicada, a medianoche, y todavía no siento nada... claro, que también es cierto que aún no es medianoche... -

Dice muy dubitativo el hombre del sur, mientras mira su reloj de bolsillo, un ejemplar discreto y poco detallado. Es simplemente un reloj, que marca las 23:00. Joe se dispone a hablar cuando le corta Dragomir, con expresión indiferente.

- A mí me aseguraron una "iluminación", y yo lo interpreté como un mercaderr que es lo que soy: lo interpreté como muchedumbre. Cuando llegué y los vi sólo a ustedes, yo pensé en irme, pero luego pensé también que ustedes podían tener mucho dinero. De hecho, tengo el carro allá abajo... -

- ¡Ah! Por eso nos intentó timar... ahora lo entiendo... -Dice el hombre del sur, con tono de comprensión.

- ¿Qué? Perro si les hice una oferta... ¡cinco míseras monedas, señores! Bueno, continuando con la historia que no me dejan acabar -dice con tono enfadado – no me he marchado de aquí porque a mí también me hablaron de la medianoche... ¡oh, ya sé! Puede que venga mucha gente a medianoche, que esa gente me pague mucho, y que usted conozca a alguien que le inspire... ¡todo encaja! –

- Nou. Nou encaja. -Dice Joe, ahora retomando palabra. - A mí me hablaron de gloria, de una "iluminación" también, pero más de gloria. You quiero recuperar mi gloria pasada, puede que aquí llegue alguien a medianoche que me necesite para un encargou... nou sé, puede ser cualquier cosa... -

- ¿Por qué no iba a encajar? Entre toda esta gente que va a venir puede que haya un hombre así, ¿no le parece? -Le pregunta Dragomir al hombre del sur.

- Totalmente de acuerdo. –

- ¡Si me dejasen terminar! Lo que nou encaja es que a mí me dijeron que solamente una persona iba a recibir esa "iluminación", sólo una. Nou tres. – Según Joe dice esto, los tres se callan y ponen a pensar sus fracasadas mentes. Después de por lo menos dos minutos de silencio absoluto (aparte del sonido de las cigarras y los grillos), empieza a llover. Joe se levanta a tapar la hoguera con una lona, para mantener la luz y se dispone a montar una pequeña tienda de campaña. Mientras él está ocupado, los otros dos siguen sentados, pensando. Mojándose. Dragomir levanta una mirada astuta, puede

que un poco malvada, y dedica treinta segundos exactos a observar a cada uno de los otros dos hombres, y le da igual si éstos le observan también. El hombre del sur quiere mantener su supuesta fama alta, quiere presumir de intelectual, y se toca la barbilla mirando al suelo. De pronto se da cuenta de que la cámara se le va a mojar, y decide protegerla debajo de la lona de la fogata. Dragomir se levanta.

- Señores, aquí sólo puede quedarr uno, y sinceramente, no voy a ser yo el que observa la fama y la gloria de otros. -Dice Dragomir según se levanta rápidamente cual gacela, lanzándose a la espalda del hombre del sur, cogiéndole del cuello. Pese a su estado de desnutrición, tiene una fuerza admirable y una gran resistencia. Tira al hombre del sur contra el suelo y lo pone boca arriba, estrangulándolo. El hombre del sur suelta un grito ahogado mientras se intenta zafar, pero está claro que la lucha no es su punto fuerte. Al caer al suelo, ambos se manchan de barro, el hombre del sur de lleno, Dragomir sólo de salpicadura. Cada vez llueve más. Al escuchar la revuelta, Joe se da la vuelta y contempla la violenta escena. Sin pensarlo dos veces, se lanza también contra Dragomir, manchándose entero de barro y dejando la tienda a medio hacer, la cual se cae a los pocos segundos y se empiezan a formar charcos en ella. Al caer Joe encima de Dragomir, el último suelta un grito, mezcla de sorpresa y de miedo, como si no hubiese contado con la presencia de Joe antes de decidirse a atacar. Los tres se revuelven en el barro, manchándose la ropa y la cara. En otras condiciones de salud, habría sido fácil para Joe, pero no estaba en esas condiciones, así que no tardó en cansarse. Ninguno suelta a ninguno, sólo se revuelven y se manchan en el barro, con una lluvia cada vez más fuerte. Tiran la lona de la fogata, y la lona parece que se incendia por un segundo, pero enseguida se apaga por la tremenda cantidad de agua que cae sobre la llanura del Cerro, totalmente empapado y embarrizado, ahora también tremendamente oscuro. Dragomir suelta sus brazos del hombre del sur para protegerse ante Joe, ya que se está quedando sin oxígeno. Sin embargo, no le deja tiempo al hombre del sur para respirar ni tan sólo por un instante, pues ahora lo empieza a estrangular con las piernas. Los brazos que ha soltado Dragomir del hombre del sur son empleados para golpear a Joe en la cabeza (esa es la idea), pero acaba golpeando a lo que

sea. El hombre del sur se suelta de las piernas de Dragomir con un cabezazo en cierto lugar de la entrepierna y se da la vuelta, con la intención de escapar corriendo. Dragomir está casi inconsciente, y como Joe ve que el hombre del sur escapa, se levanta con el cuello Dragomir entre un brazo, y hábilmente, se estira para agarrar los tobillos del hombre del sur con el brazo que le queda. El hombre del sur cae al suelo. En este momento, los tres agarrados en el suelo embarrizado, mojados, alguno casi inconsciente, pero todos muy cansados, aparece una luz. Una luz que rompe la oscuridad de la noche. Una luz que, con sonido, crea silencio. Hay una "iluminación". Después de esa luz, hay menos de un segundo de silencio que parece una eternidad, y después todo sigue como antes, como si nada hubiese ocurrido. Se vuelven a escuchar a las cigarras y a los grillos, a las gotas de agua cayendo en el suelo, y se escucha también un nuevo sonido, el de gotas de agua cayendo sobre tres cadáveres, chamuscados, todos unidos entre ellos y mojándose cada vez más. Y, en cierto modo, todos sus problemas, todos los problemas de estos tres hombres, dejaron de existir.

Ay... sé que no me vais a creer, pero he visto cosas mucho más extrañas que un pavo real gordinflón, una serpiente muy delgada y algo que parecía un león (mejor voy a decir "gato grande", para que sea más creíble) contándome esta historia en el Cerro. Sí, me la han contado en el Cerro. Últimamente paso mucho tiempo allí y un día encontré a este conjunto tan extraño de animales, el cual no sé de dónde venía (imagino que vivían allí, porque estos animales no son muy corrientes, la verdad) y, mientras yo me comía una manzana (extremadamente deliciosa debo decir), me contaron esta historia. Lo que sí que me pareció raro (sólo un poco) fue la increíble manera humana que tenían de comportarse. El pavo real alardeaba como si fuese especial, moviendo sus plumas, cuando en realidad hay muchísimos más pavos reales, y éste, aparte de ser gordito y tener buenos modales, no tenía nada de especial. La serpiente era muy calculadora (o eso me pareció), siempre intentando hacer las cosas con una segunda intención. Es como si quisiese conseguir algo y para conseguirlo, elaborase un plan demasiado desarrollado, demasiado para un objetivo que puede que sea comerse a un ratón, o tal vez aprovecharse de él.

El gato grande, siempre haciendo todo lo posible para cumplir con sus propios objetivos, pero con una mezcla de elegancia y tosquedad. Repito: esto no es lo más raro que he visto en ese lugar, pero... vaya, lo que cuentan los animales, ¿eh?